

CONVERSATORIO INFANCIA Y ADOLESCENCIA MISIONERA

V CAM Bolivia, Santa Cruz 10-14 Julio 2018

Antes que nada, quiero decirles que estoy muy contenta de estar presente en este Encuentro con Uds. Agradezco mucho a los organizadores por la cordial acogida y a todos Uds. que están aquí provenientes de tantas diócesis de América.

¿Tenemos dentro de nosotros el frescor, la libertad y la alegría del Evangelio?

Responder a esta pregunta es necesario para cualquier tipo de anuncio, en particular cuando se trata del anuncio a los niños y adolescentes que presentan precisamente estas tres características.

“Yo soy una misión en esta tierra”, escribe **Papa Francisco** en *Evangelii gaudium*, y Charles De Forbin-Janson pasó casi toda su existencia en busca de su misión, sabiendo que esa existía y que debía perseverar en la esperanza.

El 19 de mayo hemos celebrado los 175 años de fundación de la Obra de la Santa Infancia. Es importante celebrar este aniversario no sólo para conmemorar un pasado rico de gracias y bendiciones difundidas en el mundo por los niños y para los niños, sino también para reconocer, más aún hoy, la actualidad y validez de la participación de los niños en la misión universal de la Iglesia como protagonistas del anuncio del Evangelio.

Con la Obra de la Santa Infancia, el Obispo de Nancy devuelve a los niños un lugar privilegiado de santificación: la infancia del Hijo de Dios. La misión les hace conscientes; el ámbito espiritual de su crecimiento se desarrolla a partir del Sacramento del Bautismo: los niños sacan el agua de la fuente de la gracia y la comparten con los hermanos.

La misión es un itinerario que interesa toda la vida tanto de la persona como de la comunidad eclesial. El mandamiento de Jesús «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» comienza, para cada cristiano, el día del bautismo. La educación misionera consiste en una gradual toma de conciencia del empeño misionero que Cristo ha confiado a su Iglesia, y que la Iglesia confía a cada miembro de la comunidad. La persona no se convierte en misionera de manera repentina, sino gradualmente.

Estamos llamados a descubrir los dones “típicos” y esenciales de nuestro Bautismo y del Evangelio, dones que gratuitamente recibimos cada día y que estamos llamados a dar gratuitamente, sin limitarse a ser la respuesta a una emergencia humanitaria.

Hoy en día, tenemos necesidad y urgencia de cualificar el adjetivo misionero para una nueva descripción de la vocación cristiana, que es la misma de los discípulos misioneros: la pasión por Cristo hace al discípulo y la pasión por la gente hace al misionero (EG 268).

Todo cristiano, siguiendo el ejemplo de Jesús, está llamado a acoger, proteger, promover e integrar.

En el Estatuto de las Obras Misionales Pontificias leemos que “la Obra Misional Pontificia de la Santa Infancia o Infancia Misionera debe su nombre al deseo de ponerla bajo la protección de Jesús Niño. Con el convencimiento de que los niños pueden ser una fuerza espiritual y social para una verdadera transformación del mundo, intenta suscitar un movimiento de niños cristianos dedicados a ayudar a otros niños”.

Desde su fundación, la Obra de la Infancia Misionera ha promovido la misionariedad, es decir la difusión del Evangelio, el conocimiento de Jesús, el bautismo, y por lo tanto la educación y la formación a la fe y a los valores humanos y cristianos, el respeto por cada persona, el compartir y la atención a los demás, independientemente de su propia condición. Este es ciertamente el primer resultado.

Todos pueden contribuir a la misión universal de la Iglesia por medio del apoyo espiritual, material y con el testimonio de vida.

Para realizar su misión de hijos de Dios y vivir en plenitud los niños tienen necesidad de apoyo espiritual y material.

La Obra de la Santa Infancia realiza sus actividades según el principio de subsidiariedad, es decir en colaboración continua con las diversas estructuras locales, en modo especial con aquellas dedicadas a la educación (*Annales* 1983 - 1984 p. 66).

Durante la Asamblea General OMP de mayo 1983 el Card. Lourdusamy subrayó la característica peculiar de la Infancia Misionera con estas palabras: “La familia, la escuela, la parroquia, además de los movimientos y asociaciones, son estructuras y medios que nos permiten crear y mantener el contacto con el mundo de la infancia para hacer brotar y crecer el espíritu misionero”. La Obra de la Santa Infancia está abierta a las dimensiones del mundo a partir de su inserción parroquial, que la coloca en el ámbito diocesano y, por medio de la diócesis, en el seno de la Iglesia universal. Es necesaria una intensa colaboración entre todos los que operan en el sector de la infancia. Ellos deben promover con la oración, la catequesis, la información, la participación de los padres y las diversas acciones caritativas “la apertura del corazón de los niños a la llamada universal en el amor de Cristo”.

El llamado de la Iglesia a la caridad se desarrolla en la solidaridad y en la fraternidad universal. La IAM es un ejemplo de dimensión mundial por el simple hecho que involucra en modo recíproco y comunal a los niños del mundo entero. El niño de este modo hace experiencia de la catolicidad. La Obra de la IAM es principalmente una obra de animación y de formación misionera que dispone de un fondo de solidaridad al cual todos los niños están llamados a contribuir con un gesto de solidaridad misionera.

La solidaridad concretiza este tomar en serio la vida humana en todo sentido, colaborando activamente para que las realidades deshumanas de una multitud siempre creciente de

personas sean rescatadas por medio del sustentamiento de cada Iglesia local comprometida a donar amor y vida digna al prójimo sufriente y necesitado. Participando responsablemente a la misión de la Iglesia, cada cristiano se convierte en constructor de la comunión, de la paz, de la solidaridad que Cristo nos ha donado y colabora en la realización del plan salvífico de Dios para toda la humanidad. Como cristianos tenemos una riqueza insustituible de entregar al mundo: el amor de un Dios-Comunidad.

Cuanto dicho hasta el momento sobre la Obra de la Infancia Misionera se debe actuar y concretizar urgentemente en vista del Mes Misionero Extraordinario de **Octubre 2019**.

En la carta al Cardenal Filoni en ocasión de la Jornada Misionera Mundial del 22 de octubre 2017 el Santo Padre Francisco indica de este modo las cuatro dimensiones fundamentales que deberán caracterizar tal evento y por lo tanto toda acción de animación y formación misionera, es decir:

- La oración
- El testimonio de los misioneros
- La reflexión bíblica, teológica y catequética
- La caridad.

En el discurso a los Directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias el primero de junio pasado, Papa Francisco afirma que con el tema “se quiere subrayar que el envío a la misión es una llamada inherente al bautismo y es para todos los bautizados. De este modo la misión es envío para la salvación, que realiza la conversión del enviado y del destinatario: nuestra vida es, en Cristo, una misión. Nosotros mismos somos misión porque somos el amor de Dios comunicado, somos la santidad de Dios creada a su imagen. Por lo tanto, la misión es nuestra propia santificación y la del mundo entero, desde la creación (cf. Ef 1,3-6). La dimensión misionera de nuestro bautismo se traduce así en testimonio de santidad que da vida y belleza al mundo”.

El Papa recuerda cuánto sea necesaria, para la eficacia del apostolado, la santidad de la vida y precisamente por ese motivo serán presentados en la Guía de Octubre 2019 biografías de misioneros, canonizados y no, para que sirvan de ejemplo, de aliento y de estímulo a cada cristiano.

¡La santidad es el rostro más hermoso de la Iglesia!

En la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* Papa Francisco recuerda que los Santos no son del pasado, un recuerdo descolorido, en blanco y negro, sino que la santidad es una realidad concreta a la portada de todos. Hoy, en el 2018, hay todavía muchos santos en medio de nosotros porque el Espíritu Santo derrama santidad por todas partes.

Los Santos son los aliados de Dios que nos indican como vivir cada día como un don. Nos enseñan a abrir los ojos del corazón y a mirar el mundo que nos rodea con una mirada diversa.

Tenemos tantísimos Santos canonizados, que podemos encontrar en el calendario, pero tenemos muchos más que son “desconocidos”, los santos de la vida ordinaria, cotidiana, de cada día.

Todos estamos llamados a ser santos para hacer fructificar el gran don del bautismo.

La santidad crece con los gestos cotidianos de caridad, misericordia, perdón, acogida, escucha, oración. Cada persona tiene una misión que se realiza en el camino de santidad y con la cual hace visible aquí en medio de nosotros a Jesucristo muerto y resucitado. Nuestra misión está vinculada directamente a la Suya y es bueno recordar que no depende todo de nuestros esfuerzos, sino de Dios y de su amor hacia cada uno de nosotros. Jesús nos ha indicado claramente el camino de la santidad y es aquello de las Bienaventuranzas, que son la carta de identidad del cristiano.

¡Santo es aquel que es feliz, beato!

Y la santidad no se limita a cumplir buenas acciones sino que tiende a producir un cambio en la sociedad, en el mundo, por medio de un testimonio que atrae y a veces sorprende. La santidad no es sino la caridad plenamente vivida.

¡La llamada a la misión brota de la llamada a la santidad!

El Papa indica también las características de la santidad en el mundo actual y esto es importante porque nos habla de la necesidad de contextualizar en el espacio y en el tiempo la Palabra de Dios. Indica cinco grandes manifestaciones del amor por Dios y por el prójimo que retiene importantes respecto a algunos riesgos y límites de la cultura hodierna, en la que están con frecuencia presentes el ansia, la negatividad, la tristeza, el individualismo y la falsedad espiritual. De frente a estas actitudes Papa Francisco propone algunos antídotos: la suportación, la paciencia, la mansedumbre- la alegría y el sentido del humor - la audacia y el fervor - la comunidad - la oración constante. Todo tiene origen en el permanecer firmes en Dios que ama y sostiene. Es Él la fortaleza, la roca sobre la cual cada santo y cada santa han construido la propia vida. Y así también nosotros.

Quisiera hacer hincapié en la audacia y el fervor que debería caracterizar todo cristiano en camino y que con frecuencia pueden ser mal entendidos. Según Papa Francisco la santidad es parresía (término hoy en día en desuso y desconocido pero que en realidad es un comportamiento fundamental para el cristiano): es audacia en el sentido de ímpetu evangelizador que deja un señal en el mundo. Es decir, es caminar y servir con coraje y franqueza, sin temer porque Él está siempre con nosotros. Audacia es entusiasmo, fervor apostólico, libertad, apertura a la vida y al otro. La falta de audacia nos impide ser evangelizadores y testimonios alegres. La audacia y el fervor, frutos del espíritu, son constitutivos de la misión. Los santos son audaces portadores de la Buena Nueva que ha aferrado sus corazones.

Considero que sea muy importante suscitar en los niños y en los adolescentes el deseo de la **santidad** y alimentar en ellos el estupor y la maravilla respecto a quienes nos han precedido en este camino, en particular en la dimensión misionera.

- Los niños poseen, naturalmente, una rica **vida espiritual**, pero raramente se les ofrece un medio para vivirla.

La espiritualidad es innata en cada persona, es la predisposición a dialogar con Dios, es dentro de nosotros mismos desde el nacimiento y no depende de la cultura, que pero le da un lenguaje para expresarla. El camino de santidad es uno de los instrumentos para desarrollarla.

La dimensión espiritual es la más importante en la vida y en el crecimiento de cada persona en cuanto es el elemento integrador de las otras dimensiones (cognitiva, afectiva, moral y religiosa) y da unidad a la persona. El desarrollo de la dimensión espiritual es más lento y exigente, necesita de cuidados, libertad e intencionalidad de la persona y de constancia en el empeño. Iniciar desde la edad infantil permite un mejor crecimiento espiritual y unitario de la persona. Considerando la propuesta inicial que Mons. Charles de Forbin Janson hizo a los primeros niños pertenecientes a la Obra de la Santa Infancia, un Ave María al día, encontramos estos elementos e intenciones.

- La **gratitud** es una actitud religiosa que se debe alimentar en los niños. No es el fruto de una buena educación o de un aprendizaje moral sino que es expresión del reconocer al otro como persona. Es apertura al sentido de la presencia del otro con humildad.

Es reconocimiento de la propia pobreza y de no bastar a nosotros mismos.

La gratitud exprime pobreza de corazón y de espíritu. Ya la presencia del otro es un don que debemos agradecer.

La gratitud es la conciencia de la propia sencillez.

La gratitud es una experiencia humana iluminadora que da unidad a la persona, que la hace más cercana a los otros, que afectivamente establece lazos secretos de dependencia, en sentido positivo, en otras palabras, que el otro es decisivo para nuestra vida. Las relaciones que valorizan la reciprocidad son decisivas para el desarrollo de todos.

El niño agradecido es un niño esperanzado que anhela y desea la plenitud.

Hna. Roberta Tremarelli

Secretario General

Obra Pontificia de la Santa Infancia